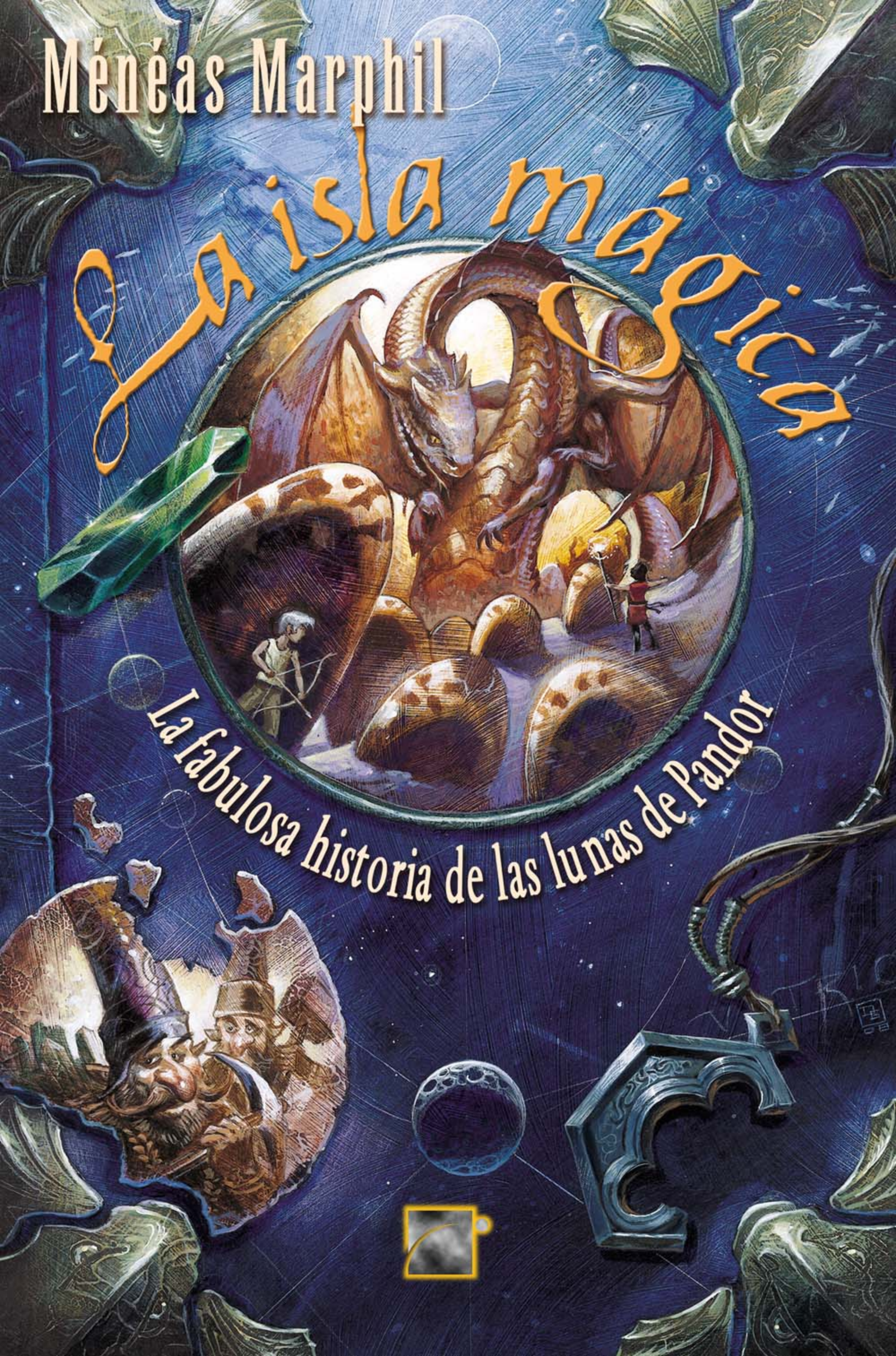


Ménéas Marphil

La isla mágica

La fabulosa historia de las lunas de Pandor



La isla mágica

*La fabulosa historia
de las
lunas de Pandor*

Ménéas Marphil

Traducción de Julia Alquézar

Rocaeditorial

Título original: *La Sceau de Cyané. La Fabulose Histoire
des lunes de Pandor - 2*

© Éditions Au diable vauvert, 2009

Primera edición: abril de 2011

© de la traducción: Julia Alquézar

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Marquès de l'Argentera, 17, Pral.

08003 Barcelona

info@rocaeditorial.com

www.rocaeditorial.com

Impreso por Rodesa

ISBN: 978-84-9918-231-5

Depósito legal: NA. 609-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Preámbulo.....	9
Capítulo 1. Los enanos del Tsaratanan.....	18
Capítulo 2. El enigma vitRiol.....	24
Capítulo 3. Regreso a Elatha.....	36
Capítulo 4. Un poco de la sabiduría de los maestros.....	45
Capítulo 5. El regalo de los Hurnshaw.....	56
Capítulo 6. La verdad de Aelys.....	62
Capítulo 7. Clases especiales.....	81
Capítulo 8. El extraño Itinerarium.....	98
Capítulo 9. En los pasillos de Escher.....	108
Capítulo 10. La misión secreta.....	117
Capítulo 11. Los felices lemúridos.....	136
Capítulo 12. El oasis olvidado.....	149
Capítulo 13. Una nube sin agua.....	159
Capítulo 14. Juerga y catástrofes.....	168
Capítulo 15. Los Mostradores del Sur.....	178
Capítulo 16. El tiempo se agota.....	190
Capítulo 17. Gárgolas y aepyornis.....	201
Capítulo 18. La pluma o la muerte.....	212
Capítulo 19. El inicio de las mutaciones.....	237
Capítulo 20. Regreso y partida.....	253
Entreacto.....	262
Pequeño glosario para el viajero.....	264

Preámbulo

Mientras observaba, desde lo alto de la terraza del mástil, cómo las olas tiraban del océano Infinito hasta la gran duna, noté que alguien se acercaba, alguien que deseaba entrar en mi refugio, y al oír la exclamación de sorpresa que se le escapó, comprendí que me había descubierto allá arriba. No necesité más que inclinarme un poco, para ver al joven Yéul. Aun no habiendo puerta, se había quedado en el umbral sin atreverse a entrar, mirando intrigado la espesa capa de plumas que se habían ido amontonado sobre el suelo a lo largo de los años.

—Estoy aquí arriba. ¡Tropa! —le dije yo.

—¿Puedo?

—¿Por qué iba a decírtelo si no?

Se acercó al mástil, lo rodeó buscando peldaños o barrotes, pero al ver que no había ni lo uno ni lo otro, prefirió preguntarme si tenía que volar para llegar a mi altura.

—En ese caso te habría dicho más bien que subieras, en vez de que treparas. ¡*Credendo vides*, mi joven amigo!

—¡Eh... el latín no es lo mío!

—¡Vaya, qué pena! Significa que si crees, quizá consigas ver.

Era consciente de que Yéul entendía a medias lo que le decía. En cuanto tocó el mástil, aparecieron ante sus ojos unos escalones, y esbozó una divertida sonrisa. Mientras subía, le expliqué el origen de aquel pilar histórico.

Aunque ahora era un regalo para los arcontes de las islas Protegidas, había sido el pilar central de la choza de los primeros reyes de Abracadagascar,* antes incluso de que Elatha* se instalara en el árbol-madre.* En las épocas tribales, cuando la vida del rey peligraba en todo momento, refugiarse a cierta altura era una estrategia que podía salvarlo. La vida a ras de suelo siempre es peligrosa, pero, en cambio, ver venir a los potenciales enemigos ofrece una excelente ventaja. Y mientras que el diámetro de aquel pilar prohibía la ascensión a los moazis, otros, con una simple mirada, hacían aparecer los peldaños. Estos primeros reyes y sus súbditos eran lémures, ancestros premágicos de los zindris,* que percibían las realidades que permanecían ocultas a la razón lógica. En los meandros infinitos de su conocimiento, sabían que los peldaños para ascender solo existen cuando se desean, y nosotros, elathianos o pandoranos, debemos alegrarnos por su inestimable legado.

10 Aquel pilar de veinte metros de altura se llamó durante mucho tiempo el Hazoumang, y así lo llamamos todavía para cumplir con el deber de preservar el recuerdo. Pero como existe otro deber, que es el de prevenir, y dado el papel que desempeñó, puedo definirlo como un simple mástil.

Situado en el centro de nuestros refugios en forma de huevo, es el mástil de un posible navío, y aunque hace muchos siglos que Pandor no sufre ninguna amenaza, si las aguas llegaran un día a subir peligrosamente, como ya ha ocurrido varias veces, la cáscara de huevo se convertiría en el cascarón de un barco, y el Hazoumang sería el mástil del Arca que nos permitiría afrontar un nuevo diluvio.

—Aunque no creo que hayas venido a verme para que te dé una clase de historia abracadaguesca, querido Yéul.

—No, claro... Me gustaría que nos contaras la historia de las lunas. Los demás están de acuerdo, y ya lo tengo todo organizado..., o casi todo.

—¿Os preocupa algo?

—Bueno... después del canto de los chotacabras, lloverá toda la noche, y no podremos hacer un fuego de campamento en la playa del cocotal.

—¡Eso no es ningún inconveniente! No veremos las lunas,

pero este refugio es lo bastante grande para que quepamos todos, y... también podemos hacer un fuego.

En cuanto dije eso, constaté de nuevo que unas palabras pueden bastar para cambiar el mundo. Los grandes ojos verdes de Yéul se iluminaron bajo sus rizos cobrizos, y sin poder reprimirse, desplegó con entusiasmo sus alas, rebosante de alegría. Después de calmar a mi ángel, abandonamos la terraza, y lo acompañé abajo para que pudiera volver a ejercitar su joven talento de organizador. En el umbral, se dio la vuelta para hacerme la pregunta que lo intrigaba desde su llegada:

—Ménéas, ¿cómo puede ser que haya tantas plumas en tu refugio? ¿De verdad eres tan viejo?

—No creo que la edad tenga mucho que ver, Yéul. No obstante, ya sabes que soltamos muchas plumas según nuestra manera de tomarnos la vida... Por fortuna, la mayor parte de ellas vuelven a crecernos, así que no tienes de qué preocuparte.

Al caer la noche, vi desembarcar a una alegre nube de querubines pandoranos, cuyas cristalinas voces llenaban mi refugio de la más tranquilizadora sinfonía. Norn y Cloé se ocupaban de encender el fuego, mientras que Éol y otros mayores que él no dudaban en utilizar mis plumas para preparar mullidos colchones, pues era de suponer que los más pequeños no tardarían en dormirse a lo largo de una historia tan larga. Además, efectivamente, la lluvia empezaba a caer encima: los chotacabras no se equivocan nunca. Poco a poco, todos respiraron al unísono alrededor de la crepitante hoguera.

—Todo empieza aquí, en nuestra isla de Pandor, cuando todavía estaba dividida en dos por una magnífica laguna de aguas turquesas. Mientras que en todas partes las fuerzas negras y las fuerzas blancas se enfrentaban desde tiempos inmemoriales, en Pandor reinaba un océano de paz. Los abundantes recursos de la laguna y del bosque bastaban a los vawaks, que era el nombre con que se designaba a los autóctonos de las islas de Nat y de Albaran, para distinguirse de los habitantes de los Países Exteriores. Los huérfanos que tenían la suerte de

ser adoptados acababan a veces en aquellos remotos lugares. No obstante, si dos niños muy singulares no hubieran llegado nunca al orfanato del islote de Nat, quizás el mundo no habría conseguido cambiar nunca...

Crecieron bajo el cuidado de la madre Pélagie, la directora, a quien todo lo que le faltaba de religiosa le sobraba de codiciosa. Uno de esos niños se llamaba Épiphane, pero todos lo llamaban Piphan, y al otro, Kimyan. Su llegada simultánea al orfanato los convirtió enseguida en amigos del alma, una amistad que compartían a menudo con Vouki, huérfano como ellos, y con Marusse, un vawak de su edad que les enseñaba todos los secretos de la pesca y del bosque. Formaban la banda de los cuatro y vivían bajo la atenta vigilancia de la hermana Bertille, que se esforzaba por compensar la dureza de madre Pélagie. Bertille habría podido amar a todos los niños de la Tierra, pero aquellos dos, Kim y Piphan, eran casi carne de su carne. No solo los había criado con un amor infinito, sino que era una de las pocas personas que conocía el misterio de su nacimiento. Por lo tanto, sabía que un día se irían para descubrir por su cuenta ese misterio, y como estaba previsto, ese día llegó al acercarse su decimoquinto cumpleaños.

12

Por razones tan secretas como opuestas, la hermana Bertille y la madre Pélagie habían compartido hasta entonces un mismo objetivo: hacer todo lo que estuviera en su mano para que ambos muchachos ignoraran su pertenencia al mundo mágico, hasta que llegara el momento adecuado, y este también llegó.

Para Piphan, todo empezó con un breve encuentro con una hechicera de nombre Equidna, a la que se iba a expulsar de la isla. Ella no quería hacerle ningún daño, sino informarlo de que su destino estaba ligado a los astros y... a la siguiente luna, un enigma que el chico no logró entender en el acto. Pero al día siguiente de su encuentro con esa mujer, mientras pescaba en el exterior de la barrera de coral con la banda de los cuatro, un gran pez —una lubina— le habló. Intentó convencerse de que los peces no hablaban, pero las afirmaciones de la lubina eran muy sensatas y confirmaban la idea que no podía apartar de su mente desde hacía varios días: contrariamente a lo que le habían dado a entender, su padre no había muerto. Percibía que estaba vivo en alguna parte, y que no distaba mucho el

día en que iría a buscarlo. Debía encontrarlo. Para actuar con corrección, quiso informar a su querido padrino, Mercurio, que en aquel momento se hallaba en la isla vecina de Albaran. Así pues, tuvo que separarse de Kimyan y Bertille por primera vez, aunque no lamentó en absoluto perder de vista a la desabrida madre Pélagie. Entonces dio comienzo su aventura. Kaylé, un nuevo amigo de Albaran, lo ayudó enseguida a encontrar a su padrino Mercurio, pero el reencuentro no fue nada tranquilo. Se avecinaba un cambio en el mundo, ya que se estaba produciendo una extraña conjunción planetaria, y no era el momento para desvelar la información con cuentagotas, de manera que Piphan tuvo que asimilar muchas cosas en muy poco tiempo. Para empezar, se convertiría en un gran mago si aceptaba formarse en el árbol-madre de Elatha, un Naos* de magia ancestral situado en la isla secreta de Abracadagascar, donde recibiría las respuestas a todas sus preguntas. A pesar de que esa isla se hallaba cerca, nunca había oído hablar de ella, pero aceptó la propuesta de ir allá, todavía más contento, al saber que Kaylé iba a estudiar allí también, así como Perline y Jaufrette, dos amigas albarienses que conocería poco después. Todos entrarían a formar parte del pronaos de los Filus Aquarti, uno de los grupos de jóvenes iniciados de Elatha. Otros alumnos se unirían a ellos por el camino, pero debían ponerse en marcha lo antes posible, para evitar que las aterradoras fuerzas que acababan de ser liberadas los engulleran.

Kimyan se había quedado muy solo tras la partida de Piphan, aunque iba a seguir un camino muy parecido. La madre Pélagie le presentó a un tal Nicandre, que había llegado de los Países Exteriores y quería llevárselo a una escuela fantástica que le aseguraría un buen futuro. Pero la primera persona que se estremeció al enterarse del nombre del árbol-madre hacia el que partiría su adorado Kim, fue Bertille. El visitante había hablado de Yggdrasil,* un nombre que asustaba a más de uno.

Kimyan no tenía idea de nada, pero Bertille temía desde hacía mucho que llegara ese momento. El tal Nicandre representaba el equivalente oscuro de Mercurio: un dahal, a las órdenes del propio Sarpedón, irrefutable señor de las fuerzas oscuras. Pero ya era demasiado tarde: la fatídica alineación de

los planetas no había permitido salvar a los dos muchachos. Ahora estaban separados, como la sombra y la luz, y cada uno de ellos cumplía su destino. El árbol-madre de Elatha ganaba un anhelado hijo de la luz, pero al de Yggdrasil llegaba el no menos esperado hijo de las tinieblas.

Muy pronto, uno y otro aprenderían esta verdad de boca de sus respectivos señores: nunca habían sido realmente huérfanos, sino unos singulares hermanos gemelos a quienes habían tenido que ocultar una terrible verdad: un mismo vientre, el de la maga Gaya, los había albergado. Cuando el Señor de las Tinieblas la obligó a llevar su semilla, no imaginó que nacerían dos niños; de hecho, uno le bastaba, aquel cuyo cuerpo estaba destinado a la encarnación de su futura esposa, la magamutans Lilith. Sin embargo, al comprender Gaya que aquel niño la destruiría al venir al mundo, engendró a otro con la fuerza del amor que la habitaba, un hijo hecho completamente de luz, con capacidad para influir en su hermano tenebroso. Como Bertille habría podido atestiguar hasta ese momento, todo le había dado la razón a Gaya. Incluso sin saber que eran gemelos, Piphan y Kimyan se habían querido con el más puro amor fraternal.

14

Me callé un instante. Todos contenían la respiración, pero leía el miedo o la angustia en algunas caritas. Las condiciones en las que Piphan y Kimyan habían crecido tocaban la cuerda sensible de aquellos jóvenes pandoranos que no sabían nada de las tinieblas, la mentira o la maldad. Yéul, como Éol o Cloé, no se atrevía a imaginarse en el lugar del héroe. Vivir una infancia falsa y traicionada por mentiras y disimulos... era un horror que apreciaban no haber experimentado, sin ignorar que había sido el precio que se debía pagar para que un día existiera el mundo que ellos habían heredado, un mundo donde el amor no era una simple opción posible, sino la esencia misma de todo su ser.

—¡Qué decepcionados debieron de sentirse! —intentó resumir Yéul.

—Sí, por supuesto, pero cuando eres uno de los elegidos tienes que aguantar hasta el final, ¿no? —planteó Norn, sin estar muy seguro de la respuesta.

—Exactamente —tuve que precisar—, pero recuerda que no escoges ser un Elegido. En consecuencia, puedes intentar darlo todo, pero... ¿cómo estás seguro de que vas por buen camino? Piphán tuvo muchas dudas sobre si quedarse en Elatha después de la revelación de los maestros y de su padrino. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Regresar al islote de Nat ahora que sabía lo grande que era el mundo y los secretos que guardaba? ¿Ahora que tenía nuevos amigos? De camino a Elatha, ya había compartido con ellos muchos instantes maravillosos. Habían cabalgado nautilos gigantes, conocido hambredusas, bucentauros, voluptérix, cruzado el bosque encantado de Ávalon y descubierto el de los zindris... ¡Ah, sí, el mundo era grande y albergaba muchos secretos! ¿Abandonar ahora, solo porque sabía la verdad? No, no. Quizás estuviera decepcionado, pero seguía teniendo esperanza, la esperanza de reencontrarse con Kimyan y liberarlo de las garras de los dahals, y estaba ansioso por conocer mejor a los que le ofrecían ahora su amistad: el asombroso Mini Floriot, de cabellos blanquecinos, el misterioso Salomon que era ya como un hermano para él, la magnífica Aelys, cuyo rostro tenía siempre en mente... No, no abandonaría nunca, los vawaks nunca se rinden; pero ¿qué debía hacer? Se sentía muy cansado, agotado por aprender tantas cosas nuevas...

Una vez más, a pesar de la distancia, Bertille acudió a socorrerlo, pues Piphán se acordó de una frase que a ella le gustaba repetir: «No hay que dudar nunca en pedir ayuda, aunque tengas que gritar ¡auxilio!». Aun siendo un héroe, era factible pedir dicha ayuda. Todo el mundo sabe que los héroes tienen un protector o una protectora, y él conocía al suyo, aunque solo lo hubiera visto una fracción de segundo. Eso había ocurrido en Ávalon, cuando los atacaron unas aves de presa. Kaylé había caído en un precipicio al recular a causa de una explosión. Entonces el cielo se oscureció repentinamente, pero apareció el pico gigante de un ave para posar a un Kaylé herido y frágil entre los brazos de Piphán. Si Albucesto, el bucentauro, no hubiera estado a su lado en aquel momento, sin duda no se habría fijado en que aquella ave había depositado otra cosa: una pluma roja, una pluma de sîmorgh,* el mayor y, sobre todo, el más fabuloso pájaro que se pueda imaginar. Al cogerla de las manos del bucentauro, había sentido enseguida su poder. Albucesto le

explicó que un sîmorgh solo aparece en presencia de un héroe a quien decide proteger toda la vida, y aquella pluma demostraba que Piphan era el afortunado; además, esta tenía el poder de curar las heridas... y de llamar a su dueño. Si el héroe deseaba ver de nuevo a su protector, solo tenía que prender fuego a la pluma para verlo reaparecer.

Quemar una pluma para convertirse en un Elegido... no era muy difícil...

ABRACADAGASCAR



45° 50°

25°

15°

20°

0 100 200 300 Km

Madjang

Antsira

SARATANAN

Maro-Ancestro

Mourmang

Bosque de Zindris

ELATHA

Isila de Albaraz
e Isote Nat

Randu-Hir

ISHAL

Sakarah

Toliara

el Lago
Rose

Dunas
de Itampool



Capítulo 1

Los enanos del Tsaratanan

18

Piphan había pasado de ser un vawak que pensaba que nunca podría comprarse un billete de avión, a disfrutar de un bautismo de aire fuera de cabina. Eso ya era muy poco corriente, pero poder hacerlo con piloto automático era un lujo todavía más raro. Volaba por el cielo de Abracadagascar, agarrándose a las plumas de un singular pájaro que respondía al nombre de Ænas.

Vistas desde el cielo, las tierras de aquella isla maravillosa eran tan encantadoras como desde el suelo. Hacia el sur, grandes lenguas ocreas dejaban adivinar regiones áridas, rodeadas por el color turquesa de las lagunas y el esmeralda del océano Infinito. Sin embargo, el Elegido y el pájaro se dirigían hacia el norte, donde un camafeo de tonos verdes señalaba bosques exuberantes, surcados por los centelleos de torrentes y cascadas. En el corazón de aquella lozanía, el Tsaratanan era el punto culminante de la isla. Y unos metros por debajo de la cumbre, se abría una enorme caverna que se hundía en las profundidades de la montaña. Al iniciar el descenso, Ænas cantó:

—La, la, la, ya llegamos... La, la, la, ¡oh, hogar del sîmorgh, oh, mi dulce hogar...!

En toda la zona que estaba a cielo abierto, se amontonaban centenares o quizá miles de huesos y cráneos apenas descarnados que se mezclaban con otras formas difícilmente identificables. Piphan se sorprendió al ver bullir el amasijo de cuerpos,

y no consiguió discernir si seguían vivos, o si se estremecían debido a la acción de los gusanos.

—No te fijes en el desorden —le advirtió el pájaro—. No he tenido tiempo de hacer limpieza en los últimos miles de años.

—¿Qué son?

—¡Bah! Algunos huesos, restos viejos...

Piphan sintió náuseas. Se le acababa de ocurrir la idea de que los sîmorghs podían ser grandes predadores y que su tamaño debía de obligarlos a consumir impresionantes cantidades de carne. Sin embargo, aunque la idea encajaba con el tamaño del pájaro, no se ajustaba en absoluto a su dulzura y todavía menos al sentido del humor que demostraba en todo momento. Durante el trayecto, no había dejado de hacer juegos de palabras, de contar chistes o de cantar canciones que parecía inventarse sobre la marcha. Ænas era desbordante. Desde luego, Albucesto, que había sido el primero en hablarle de él, no debía de conocer ese aspecto del sîmorgh. El bucentauro* había mencionado la divinidad, la sabiduría, el poder del pájaro... Todo eso revelaba muchas cosas sobre él, pero no explicaba nada en absoluto acerca del osario que se esparcía por sus dominios.

—Entonces ¿no comerás humanos?

—¡Caramba, conseguirás ofenderme! ¿Sabes lo deliciosa que está la carne de humano? La verdad es que yo prefiero a los jóvenes. Creo que alcanzan su punto óptimo a eso de los quince años; son un verdadero regalo para el paladar. Qué digo... ¡son el néctar más refinado de la gastronomía sîmorghiana! ¡Ah, ten cuidado con el aterrizaje, no me gusta que la comida se estropee antes de tiempo!

Por el tono de Ænas, Piphan adivinaba que estaba bromeando. Así que, mientras dudaba, bajó a toda velocidad por el cuello del ave y se colocó a bastante distancia de su largo pico puntiagudo. Al ver la picardía que brillaba en la mirada del sîmorgh, comprendió enseguida que el pájaro mágico estaba riéndose de él.

—¡Menudo bobo estás hecho! —gritó por fin el sîmorgh, satisfecho de su broma—. ¿No sabes que soy espiritívoro y que solo me alimento de espíritu? ¡Comer humanos! ¡Quieres envenenarme? La sola idea de sorber el espíritu de uno de ellos...

¡Brrr! ¡Se me ponen las plumas de punta! Si quieres saber mi opinión, te diré que la carne de hombre es comestible, pero su espíritu es francamente... asqueroso. Sí, eso es, no temamos decir la verdad: ¡asqueroso!

—¡Pues vaya! —exclamó Piphan, siguiéndole el juego—. Y yo que me había hecho ilusiones...

—Eh... bueno, digamos que tiene que haber excepciones. Si no, ¿para qué servirían los pobres sîmorghs a los que tengo el insigne honor de pertenecer?

—Pero ¿y todo eso de antes?

—¿Te refieres al osario? Tranquilo, no hay muchos humanos ahí dentro. Son demonios a los que me gusta tener vigilados. Lo que podría inducirte a error es que la mayoría de ellos eligieron tomar forma humana para abusar mejor de sus víctimas. Y ya ves, incluso ahora que han fracasado estrepitosamente, algunos siguen intentando conservar esa forma con la esperanza de suscitar algo de piedad. Yo los prefiero así, intentando librarse de este interminable estado de composición. Si llegaran a morir, serían capaces de reencarnarse, y ya tengo bastante trabajo por ahora.

—Sí, vale, pero ¿cómo se puede vivir con esta peste?

—Ni idea.

Aunque Piphan había pensado que el tamaño de la caverna iría disminuyendo, se sorprendió al descubrir lo contrario. Y al mismo tiempo comprendió que el sîmorgh no tenía que soportar los olores infectos del osario. La caverna era profunda y, a unos cincuenta metros de la entrada, el suelo prácticamente llano caía en un abismo en el que centelleaban las más bellas luces que Piphan hubiera visto nunca, tan lejos y a tanta profundidad como sus ojos de lince le permitían ver.

—Si quieres, puedes bajar por la escalera —lo pinchó Ænas—. En tal caso, tienes que bajar hasta el final. Quien lleve el último invita a un vaso de onirina.

Piphan se inclinó y encontró, en efecto, escalones tallados directamente en la pared, pero le pareció que había tantos, que no se sintió capaz de acometer semejante descenso.

—Y si no vas por la escalera, ¿cómo bajas?

—¡Saltas!

—¿Bromeas o te burlas de mí?

—Eh... ambas cosas. ¡Bienvenido a Sîmorghlandia! Se ruega a los bobos que embarquen: ¡la bajada está a punto de empezar!

Ænas lo cogió de repente con su largo pico, lo colocó entre sus alas, y después se lanzó al vacío entusiasmado como un niño en el tiiovivo de una feria. Desplegadas las enormes alas, planeaba sobre una corriente cálida que subía del abismo, describiendo grandes movimientos en espiral hacia las profundidades.

Piphan entendía ahora mejor qué eran aquellas bonitas luces: se trataba de cristales y piedras preciosas de todos los tamaños. Cuanto más descendían, más grandes, numerosas, luminosas y multicolores eran, y bañaban con una magia fantástica aquel «hogar dulce hogar» del sîmorgh. Este se posó en el suelo con mucha suavidad, se apoltronó lanzando un suspiro de extenuación y no se movió más.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Piphan en dos ocasiones.

Ænas no respondió nada y se quedó tan inerte como los cristales gigantes que los rodeaban. ¿Era posible que se durmiera tan súbitamente? Seguro que no estaba muerto. Los sîmorghs parecían muy extraños...

Piphan se levantó de su colchón de plumas, avanzó con lentitud por el cuello del pájaro y descabalgó esforzándose por no hacer ruido. En cuanto puso un pie en el suelo, el sîmorgh abrió un ojo y dijo en voz alta para sobresaltarlo:

—¡Has perdido! Yo he tocado el fondo antes, así que tú pagas la onirina.

—¡Deja de darme sustos! ¿Nunca hablas en serio?

—Ah, mi joven amigo, ¿y qué es serio en este mundo? A lo que vamos: te toca pagar la bebida.

—Tienes razón. Entonces, ¿beberás onirina?

—Por supuesto, ¡menuda pregunta! No es incompatible con mi régimen espiritívoro. Además, el viajecito me ha dejado el gznate seco —dijo castañeteando con el pico.

—Bueno, voy a suponer que no bromeas. ¿Dónde quieres que encuentre onirina aquí?

—¿Solo hay que pedirla?

—¿Pedirla, dices?

—Te lo voy a enseñar porque es la primera vez, pero después te las tendrás que arreglar solito.

El pájaro se dirigió hacia un gran cristal azul y se puso a hablar ante él como si fuera un micrófono.

—¡Ah de la casa! ¿Tendrías la amabilidad de traernos dos onirinas? Una de ellas que sea de una cosecha especial. ¡Gracias!

Piphan se carcajeó. No sabía si aprendería gran cosa allí (ni siquiera sabía qué había ido a buscar), pero desde luego se iba a divertir. Ænas le recordaba al maestro Mori-Ghenos por su carisma; parecía que en aquel universo, la magia, las risas y la diversión eran tan importantes como los sortilegios. El pájaro, sin embargo, no bromeaba, y cuando apenas le había dado tiempo de volver al lado del muchacho, unos ruidos de botellas entrechocando resonaron en la cueva. Provenían de detrás de una gran roca, y los provocaban una retahíla de enanos que llevaban cajas tan grandes como ellos.

—¡Ya está en casa, señor Ænas! ¿Ha tenido un viaje agradable?

—Ha sido breve, demasiado breve para desentumecer de verdad las alas. Y estos nuevos reclutas de Elatha son tan serios... Por cierto, os presento a mi amigo Épiphane. Ha venido a descansar unos días.

22

El nombre suscitó una gran agitación seguida de susurros entre los enanos; finalmente, uno de ellos se acercó a Piphan y le tendió una mano tan regordeta como rugosa.

—¡Por los cuernos del Pandragón, sea bienvenido, maestro Épiphane! —dijo el hombrecillo con voz ronca y sin pronunciar bien las erres—. Los huéspedes del señor Ænas son también los nuestros, y con más razón sus amigos. Me llamo Macarel, para servirle. Él es Bonfilon, los gemelos llevan por nombre Cassepierre y Cayoumor, y el que se esconde detrás de Bonfilon es Crassous. Todos a su servicio, maestro Épiphane.

—Les agradezco la bienvenida, pero cometen un error. No soy un maestro, sino un alumno de Elatha. Y aun así, no sé yo sí...

—¡No, no, no! —lo interrumpió Ænas—. ¿Crees que un sîmorgh de mi rango se ocuparía de un simple alumno? Deja de hablar y acepta lo que te pertenece. Bueno, ¿nos bebemos ese vaso de onirina, o no? Me estoy desecando. ¡Qué diantre! ¡Destapemos esas botellas!

Piphan ya no sabía qué pensar, pero sentía que había lle-

gado la hora de dejarse llevar por aquel decorado mágico sin igual, en compañía del sorprendente sîmorgh y de la alegre banda de enanos.

La fiesta no había hecho más que empezar y, a partir del segundo vaso de onirina, el chico comprendió que no vería el final. Su cuerpo se relajaba por primera vez en mucho tiempo, de manera que las sonoras risas de los enanos le parecían cada vez más lejanas. Se esforzó por prestar atención a Macarel cuando este le comentó lo contento que se iba a poner su responsable, Trinquetaille, al conocerlo.

—¿Trinquetaille? ¿Es su jefe?

—En cierto modo. Los enanos no necesitamos jefe. Concretamente, Trinquetaille es nuestro bailío, es decir, nuestro representante oficial ante los maestros de Elatha y el señor Ænas. Él es quien guarda la espada.

—¿Qué espada?

—Sí. ¡Alguien tiene que cuidar de la espada ardiente!

—¿Ar... ardiente, dice? —balbució Piphan mientras soltaba un bostezo que le desencajó las mandíbulas.

Todo había acabado por ese día, y como el sueño lo llamaba irresistiblemente, lo mejor era dejarse llevar.

Capítulo 2

El enigma vit Riol

24

Piphan permaneció cuatro días en el fondo del maravilloso abismo, durante los cuales no sintió necesidad alguna de subir a la superficie. La luz de los cristales le apaciguaba tanto el alma, que no echaba de menos la del cielo azul. Además, era imposible aburrirse en medio de semejante grupo de enanos y junto a un sîmorgh como Ænas.

A los enanos les gustaba la buena vida, pero también eran muy serios. Fue un placer descubrir cómo aquel pueblo extraordinario era capaz de estar de fiesta hasta altas horas de la noche y, en cambio, demostrar durante el día una capacidad de trabajo considerable. Piphan pasaba buena parte de los días recorriendo las galerías, cada vez más interesado por el trabajo titánico que llevaban a cabo allí.

Desde la aurora de los tiempos, la red subterránea de los enanos se extendía por todo el planeta y, a partir de entonces, a ellos solo les correspondía asegurar el mantenimiento. Sin embargo, en las entrañas del Tsaratanan, los enanos trabajaban en exclusiva para Elatha desde que habían descubierto que toda la montaña era una esmeralda gigante engarzada en una mina de oro puro; una esmeralda, de dos mil seiscientos metros de altura, que daba pie a que cualquier otra piedra preciosa pareciera ridícula. El único problema de aquella pieza era que estaba absolutamente en bruto y no podía ser más irregular. A la naturaleza le habían faltado unos años para tallarla con las

formas geométricas que la habrían convertido en una verdadera joya. No obstante, los magos de Elatha le habían encontrado otro uso posible además de la joyería, pero su objetivo era tan importante y peligroso que ni siquiera los enanos conocían la finalidad del proyecto. Todo lo que sabían es que debían tallar en secreto la montaña desde el interior, y que el resultado final debía ser un dodecaedro* perfecto y lo más grande posible.

Evidentemente, Piphan no pudo evitar establecer comparaciones con algunos elementos de Elatha, e intentó saber más detalles, pero en el Tsaratanan nadie lo relacionaba con el Dodecadrán,* que estaba engarzado en la cima del árbol-madre, ni con la misteriosa Tabula Smaragdina, enterrada en sus raíces. La razón era que ningún enano había ido a Elatha, ni siquiera Trinquetaille y, por el contrario, siempre eran los maestros quienes acudían allí. Los enanos reivindicaban con toda la razón la magia blanca, pero ahí quedaba todo. Habían firmado desde el inicio el Pacto de Alianza y nunca lo habían cuestionado, pero tenían sus propias reglas, su propia red subterránea y su propia magia. En todo caso, Piphan notaba que siempre ponían todo el corazón en su trabajo, de manera que los maestros de Elatha jamás tenían quejas de ellos.

25

Él mismo habría sido un ingrato si se hubiera quejado de algo. En los últimos cuatro días, había recibido las mejores lecciones de sensatez y humildad de su vida, muy lejanas de los discursos moralistas de la madre Pélagie. Aunque quedaba una cosa a la que no se acostumbraba: los enanos seguían llamándolo «maestro Épiphane» siempre que le dirigían la palabra. Por mucho que intentara evitarlo, no conseguía cambiar su comportamiento.

Aun sin acostumbrarse, comprendió mejor la razón el día en el que Trinquetaille le habló de su madre, Gaya.* Hacía veinte años que, como él, Gaya había ido allí en busca de refugio y tranquilidad en las profundidades del Tsaratanan mágico, e incluso había conocido a cierto sîmorgh de nombre Ænas...

Igual que Uculunculú lo había hecho en el bosque de los zindris, Trinquetaille hablaba de Gaya con admiración. Para él, lo mismo que para todo el pueblo enano, ella había sido una gran maga, que estuvo a punto de conseguir la divinidad cuando pasó lo que pasó; Ænas no tardaría en confirmárselo.

Porque en esos cuatro días, incluso el sîmorgh más estram-

bótico de su especie solo se había dedicado a divertirse y a demostrar su ingenio. Regularmente, el pájaro y su protegido se sumergían en una conversación que no había hecho más que comenzar, ya que el sîmorph debía quedarse en aquel lugar hasta el último día en que su protegido estuviera allí.

Ahora, Piphan sentía menos rencor hacia su padrino Mercurio, así como hacia los maestros que guiaban su vida, pero el perdón no daba muchas explicaciones, y a él le quedaba un montón de cosas por descubrir.

—Dime, ¿por qué no estaba Kimyan en Elatha? ¿Por qué no pudo irse del islote de Nat al mismo tiempo que yo? Al fin y al cabo, hemos vivido lo mismo.

—¡Casi lo mismo, amigo mío, casi lo mismo! La diferencia reside precisamente en ese desfase de tiempo. Mira, el problema de los gemelos es que no pueden salir juntos del vientre materno. Siempre hay uno que sale antes que el otro, y tú quisiste ver la luz el primero... Pero se produjo un contratiempo: tu cordón umbilical daba dos vueltas al cuello de Kimyan y lo asfixiabas. Si Bertille hubiera ido con prisas en el parto de tu madre, tu hermano habría muerto estrangulado.

—¿Bertille, has dicho?

—Claro, ¡Bertille! La querida Bertille que con tanto amor os ha criado. ¿Quién más habría aceptado ser la comadrona de ese doloroso momento? A ella no le importaba que uno de los gemelos fuera hijo de Sarpedón. Había dos niños vivos en ese vientre, y ambos debían salir vivos.

Los maestros de Elatha, al parecer, no se habían mostrado muy entusiastas. En aquel cordón umbilical estrangulador, habían querido ver la voluntad de Gaya, pues era muy posible que hubiera querido librarse del hijo que Sarpedón le había impuesto, pero Bertille había conocido y admirado lo suficiente a Gaya para llegar a convencer a todos los maestros de que, lejos de su padre, el poder del amor modificaría a aquel hijo de las tinieblas.

Piphan y Kimyan vivirían alejados de su padre a causa de una maldición contra la que Sarpedón no podía hacer nada. Si al Señor de las Tinieblas le interesaba su unión con Lilith,* tendría que respetar la voluntad que esta le imponía por medio de una profecía: durante quince años, él no podría acercarse ni a su hijo, ni a su indeseado gemelo, bajo pena de verlos de-

saparecer, y cualquier magia estaría prohibida en presencia de los niños. Como compensación, Lilith lanzaría un hechizo de inmunidad sobre ellos, de modo que gozarían de una salud de hierro hasta cumplir los quince años, fecha en que la sangre del hijo verdadero sería rectificada durante el gran ritual de la luna negra. Lilith necesitaba un cuerpo perfecto para su encarnación y Sarpedón le ofrecía el de Kimyan.

—Comprendo que quisiera proteger a Kim, pero ¿y a mí?

—Su primera idea fue lanzar únicamente un hechizo protector sobre Kimyan, pero... tu nacimiento fue una gran sorpresa para todo el mundo. No había nada, absolutamente nada que pudiera diferenciaros. En el fondo, a Lilith le importaba muy poco saber enseguida quién de vosotros dos era el deseado hijo de las tinieblas, pues tenía tiempo, quince años de espera, tiempo suficiente para organizar la alineación de planetas que permitiría su encarnación.

—Entonces, ¿crees que ahora podría hacerlo? ¿A qué espera?

—A la alineación de la próxima luna negra con otros planetas. Una conjunción verdaderamente temible, créeme.

Piphan pensó en su amigo Melys. Había dicho que, como Lilith era una entidad, no pertenecía al mismo plano de realidad; pero, como Ænas le explicaría, ella se había acercado mucho. Algo la retenía todavía en su mundo, aunque disponía de una relativa libertad desde la época en la que un joven loco, de nombre Alick, la había invocado para unirse a ella. Aunque el intento no había salido como Alick esperaba, el resultado de aquella invocación le permitiría ahora a Lilith llevar la voz cantante. El gran peligro de pedir auxilio a las fuerzas oscuras es que después no quieren abandonar este mundo.

—Y no olvidemos —añadió Ænas— que puede contar con nuevos apoyos para gestionar las alineaciones.

—No lo entiendo... ¿hay varias alineaciones?

—¿Debo recordarte que sois dos, señor gemelo? Para separar lo puro de lo impuro, que tú representas, hacía falta una primera reorganización astral. Según la profecía, indicaría el final del hechizo. Ese movimiento de estrellas tuvo lugar un poco antes de lo previsto, perturbando tanto a los astromagos de Elatha como a los de Yggdrasil. Es una suerte inaudita que Mercurio pudiera recuperarte en ese momento, pero aun así, tu

futuro depende más que nunca de tu prudencia porque, como tus maestros deberían haberte advertido, tu nombre está ahora en la lista de cosas que deben desaparecer inmediatamente.

—¿Y por qué Mercurio ha esperado tanto? ¿Por qué no me vino a hablar de Elatha antes?

—Acabo de decírtelo: por el sortilegio. Lilith había prohibido cualquier magia a vuestro alrededor. ¿Qué podía hacer tu padrino, además de darte libros que pudieran abrirte los ojos? Pero al parecer, no entendías las señales.

—Vale, lo sé. La lubina ya me lo...

Piphan se detuvo en seco. Acababa de darse cuenta de que Ænas y la lubina eran el mismo ser. Su voz era prácticamente igual, su humor, su ironía, sus maneras...

—¡Pues sí, mi joven amigo! —confirmó el sîmorgh—. Como tú no me buscabas, tuve que inventar una manera para guiarte, y como solo te interesaba pescar, no me quedó más remedio que convertirme en pez.

—¿Por qué no lo hiciste antes?

28 —¿Por qué iba a hacerlo? Mi función es proteger a un héroe, y tú ni siquiera eras capaz de cruzar una barrera de coral.

—Es verdad, pero ¿y Kim? ¿Por qué Mercurio no pudo salvarlo después de la primera alineación?

—De nuevo, por el desfase entre vuestros nacimientos. A lo largo de quince años, los minutos acabaron convirtiéndose en días. Para recuperar a Kimyan, se necesitaba una segunda reorganización astral, pero Lilith esperó hasta el último momento. En esa ocasión, la suerte estuvo del lado de Sarpedón. Hay que decir que Hécate* intentó ejercer toda su influencia en este asunto.

—Si Sarpedón puede negociar con diosas y entidades, ¿por qué nuestro maestro Sintonis no hace lo mismo?

—No he dicho que no lo haga, pero ¿y qué me dices de la dignidad o el libre albedrío? De cualquier modo, ya sabes, los mundos divinos y los mundos mágicos son totalmente distintos. Los dioses no volverán a hablar sobre la separación, no les gusta intervenir en los asuntos humanos, y no digamos en los de los magos. A menos que...

—¿A menos que qué?

—Que alguien les haga cambiar de opinión.

—¿Crees que Sintonis podría hacerlo?

—¡Ah, me aburres, bobo! Tendría que contártelo todo y perderíamos mucho tiempo. Y hoy ya hemos hablado bastante. ¿Y si vamos a tomar una copa? Hablamos y hablamos sin parar... ¡pero yo tengo sed! ¿Qué me dices de un vasito de onirina?

Piphan sabía que no sacaría nada más del sîmorgh en aquel momento. Cuando Ænas empezaba a bromear, no se podía hacer otra cosa que seguirle el juego o esperar a que se le pasara. Mas, ahora que sabía tantas cosas, no se veía con fuerzas ni para bromear ni para esperar. Tenía que asimilar todo aquello con urgencia, por lo que prefirió pasearse por las galerías con la esperanza de que eso lo ayudaría a reflexionar. Así, caminando sin rumbo, llegó a la inmensa sala del Pentágono Primigenio.

Una elevada pared esmeralda, perfectamente lisa y brillante, se perdía en las alturas; una pared maravillosa en la que Piphan adivinaba el trabajo de los enanos, aunque le extrañaba no haberse encontrado con ninguno de ellos por allí. Tan solo en muy raras ocasiones, estos iban por aquel retirado lugar, donde, precisamente, habían comenzado su obra, para hacer registros o comprobaciones. Aquella superficie vertiginosa era el primer pentágono perfecto que habían usado como referencia para la realización de otras caras del dodecaedro que Elatha les había encargado. Trinquetaille había dado a entender que, si todo seguía como estaba previsto, acabarían la obra en menos de dos años.

Cuando Piphan se acercó a la pared para tocarla, surgió un haz luminoso y puso en contacto el inmenso cristal con la aventurina engarzada en su cinta. Él estaba al corriente de que los cristales frontales se cargaban de poder al cabo del tiempo, y cuando estaba en el árbol, le bastaba con ir a la sala de los espejos,* donde el cristal se cargaba de nuevos datos y podía incluso cambiar de naturaleza. Asimismo le habían dicho que su aventurina también cambiaría, pero creía que eso solo ocurriría en la sala de los espejos. No obstante, una nueva carga estaba transformando su piedra inicial, y como no había ningún profesor a quien consultar, se confió únicamente a su intuición.

Guiado por una fuerza tan invisible como poderosa, no se sorprendió al entrar con facilidad en el corazón del gigantesco cristal, en cuyo interior no existían las direcciones —ni arriba,

ni abajo, ni derecha, ni izquierda— y flotó en la ingravidez, en medio de miríadas y miríadas de reflejos de sí mismo, imágenes a todas las escalas, hasta el infinito y en todas direcciones, que ponían en evidencia la estructura fractal del cristal. El dodecaedro en construcción contenía ya millones de otros dodecaedros, miles de millones de lados pentagonales en los que su propia imagen se reflejaba. Cerró los ojos y se dejó llevar. Tenía la sensación de que algo indefinible lo impregnaba poco a poco, vertiéndose en él como la tinta sobre un pergamino. Eso era: tenía la impresión de ser un libro sobre el que escribía una mano invisible, y las páginas se llenaban...

Bruscamente, se sintió atrapado en un intenso torbellino, y al abrir los ojos descubrió que todas las imágenes seguían el mismo movimiento y, de golpe, se formó una densa penumbra. Al cabo se halló en el suelo sobre la espesa capa de polvo de una galería abandonada; el cristal lo había lanzado. Levantándose, no prestó atención al pie izquierdo enredado en una cuerda que ceñía una viga en precario equilibrio. Esta se tambaleó como en un juego de bolos, golpeó una segunda viga que cayó sobre una tercera... El polvo fue filtrándose por el techo, un puntal cedió, después otro, y acabó desprendiéndose, de tal modo que grandes bloques rodaban unos sobre otros, y lo obligaron a recular hacia el fondo de la galería en una ausencia total de luz.

Alertados por el ruido, algunos enanos llegaron enseguida y abrieron una brecha entre el material desprendido. El muchacho reconoció la voz de Macarel:

—¿Hay alguien ahí dentro?

—Sí, yo, Épiphane...

—¡Maestro Épiphane! ¿No estará usted herido?

—No, pero no me importaría salir de aquí.

Piphan vio agitarse algunas linternas y comprendió que los enanos estaban agrandando el agujero para que él pudiera pasar. Al iluminar el lugar, se dio cuenta de que había escapado por los pelos, puesto que la galería no se prolongaba mucho más hacia las entrañas de la tierra, y habría sido fatal que se derrumbaran otros bloques.

De repente, a pesar de la oscuridad y de la oscilación de las sombras, vislumbró algo que lo dejó helado de sorpresa.

—Bonfilon, ¿podrías iluminar esa pared, por favor?

La pared en cuestión no era tal en realidad, sino una arcada de piedra esculpida que indicaba que, tiempo atrás, debió de haber existido ahí una entrada, que había sido tapiada.

—¡Macarel! ¡Macarel! ¡Ven a ver esto, rápido! —gritó Bonfilon.

En cuanto Macarel comprendió de qué se trataba, le tapó la boca a Bonfilon con la mano y le susurró que no dijera nada a los demás, al menos sin el permiso de Trinquetaille. Piphan ignoraba qué significaba su descubrimiento para los enanos, pero presentía la importancia que debía de tener. En el frontón de la arcada, había una inscripción.

—¿Estoy leyendo bien?... ¿Dice vitRiol?

Macarel le confirmó que había leído correctamente, pero no le explicó nada más; se había quedado boquiabierto a causa del secreto ligado a aquella arcada. Piphan tuvo que insistir:

—Aparte de ser un tipo de ácido, ¿tiene esa palabra algún significado particular en alquimia?

En esa ocasión, Macarel no podía obviar la respuesta. Quizás el joven maestro no estaba al corriente de todo, pero parecía saber lo suficiente para no correr el riesgo de mentirle.

—Sí, maestro Épiphane; vitRiol es una fórmula secreta; pero sin querer ofenderlo, preferiría seguir esta conversación en presencia de nuestro bailío Trinquetaille. No estoy seguro de estar lo bastante cualificado para decirle algo más.

Siguiendo el consejo de Macarel, algunos enanos volvieron a tapar la vieja galería, mientras que él, Bonfilon y Piphan iban a buscar al bailío.

De camino, Piphan se acordó del día en que, en Albaran, el director del Citibank, un tal Fulbert Voulabé, le había pedido que llevara una carta a un profesor de Elatha. El banquero le ocultó que él había sido en otro tiempo uno de los maestros de esa escuela y que lo habían expulsado por una falta grave. Piphan se convirtió, pues, en mensajero de una venganza realmente traicionera. La carta solo contenía una palabra, «vitRiol», escrita con una bonita tinta de color violeta, a excepción de la R, que había sido trazada con sangre. Pensó en hacer desaparecer la carta, pero como lo estuvo dudando demasiado tiempo, el profesor Morien se afanó para recuperarla. Piphan habría olvidado aquella historia con mucho gusto, pero al parecer, la susodicha palabra volvía a aparecer.

Υ

Trinquetaille les explicó que aquella arcada daba paso a la sala Ars Magna, a la que habían acudido numerosos maestros para aprender, lejos del mundo, el secreto de la fabricación de la piedra filosofal; pero, al cabo del tiempo y a fuerza de descubrir peligros, el Pacto de Alianza había acordado prohibir aquella investigación costara lo que costara. La sala Ars Magna había sido tapiada, pues, y la galería, abandonada.

A pesar de la petición del joven maestro, Trinquetaille dudó mucho si debía revelarle el sentido de la fórmula vitRiol. Por un lado, le resultaba difícil mentir a un hijo de Gaya por lo que esta significaba para los enanos, pero por otro lado, no deseaba involucrar a su pueblo en un acto que podía suponer una infracción del Pacto de Alianza.*

—No se disguste, maestro Épiphane, pero creo que sería más sensato pedir consejo al señor Ænas.

32

Cuando llegaron al nido del señor del lugar, Piphan creyó al principio que su protector no estaba allí, y se habría convencido de que así era si no hubiera notado por las miradas y el silencio pícaro de los tres enanos que algo no iba bien. Pero al darse la vuelta para abarcar mejor el nido de cristal con la mirada, un ojo enorme y un gran pico se abrieron a menos de un metro de él.

—¡Cucú! —gritó Ænas, obligándolo a retroceder varios pasos.

Los enanos se echaron a reír. A Ænas le encantaba gastar esa broma a quienes no conocían su poder mimético. Se confundía tan bien con el ambiente, que se volvía casi invisible, y con mayor razón en su sîmorphogar donde sus plumas irisadas se mezclaban con las luces cristalinas.

—Espero que podamos hablar seriamente —resopló Piphan, recuperándose del sobresalto.

Con el asentimiento del sîmorph, Trinquetaille se alisó con cuidado los largos bigotes y dio comienzo a sus explicaciones:

—El enigma vitRiol es muy simple, ya que cualquier iniciado puede entenderlo, y complicado a la vez, hasta el punto de que solo los adeptos pueden comprenderlo. Cada una de las letras de la palabra vitRiol es la inicial de otra palabra. Cuando

esta enseñanza estaba en vigor, todo buen iniciado encontraba rápidamente al menos seis de las siete palabras que componían la fórmula, obteniendo lo siguiente: *Visita Interiora Terrae... Invenies Occultum Lapidem*. De modo que, traducido del latín medieval, el curioso tenía la frase siguiente: Visita el interior de la Tierra... Encontrarás oculta la piedra.

—Pero nos falta una letra —observó Piphan, impaciente.

Trinquetaille pensó que el muchacho suplía la ignorancia por la perspicacia. No se imaginaba que aquella letra R era, precisamente, la causa de la curiosidad del joven maestro acerca de la fórmula vitRiol.

—Muy pocos adeptos entendieron el sentido de la séptima letra, la que está en el centro de la palabra y en mayúscula, porque muy pocos de los iniciados, que descubrieron que aquella R significaba «Rectificando», comprendieron en qué consistía la rectificación.

Piphan estuvo a punto de admitir que él tampoco entendía nada, pero se contuvo in extremis. Quería saber más cosas, aunque al no poder decepcionar la confianza con que el pueblo enano lo honraba, se limitó a poner cara de intentar acordarse de la fórmula:

—Visita el interior de la tierra y... rectificando... encontrarás la piedra oculta.

Trinquetaille no dijo nada más. Él no era el único enano del planeta que conocía la fórmula, pero allí, en el corazón del Tsaratanan, sí era el único que dominaba a la vez el secreto de la rectificación y el sentido de la profecía. Si el joven maestro no lo resolvía por sí mismo, se hallaría ante un obstáculo que no podría superar sin el consejo de los maestros de Elatha.

—¡Genial! ¡Una adivinanza! ¿Puedo jugar yo también? —propuso Ænas con su seriedad habitual.

Piphan tampoco se comportaba con formalidad. Ahora comprendía que el humor de su confidente no alteraba en absoluto la seriedad que exigían ciertas situaciones. Y como había notado la limitación de Trinquetaille, se volvió con sumo agrado hacia Ænas.

—Rectificando... ¿Rectificada como... la sangre de la profecía?

—¡Si al final este bobo tendrá algo en la cabeza! —exclamó divertido Ænas.

—Rectificando... R, la R es roja como... la sangre... ¡Es la sangre de Kimyan!

Todo encajaba: el Ritual de la luna negra..., la R escrita con sangre... Y, de golpe, se le heló la sangre: se dio cuenta de que él mismo le había llevado la carta al profesor Morien, un genio de la alquimia, y que por lo tanto era muy capaz de fabricar otras piedras porque sabía cómo rectificarlas.

—¿Hay algún problema? —preguntó melindroso Ænas.

Piphan no tenía ganas de jugar en ese momento y el sîmorgh lo sabía muy bien. No le había hablado de la famosa carta pero, por la turbación de su protegido, el pájaro adivinaba la urgencia que lo dominaba.

—Creo que adivino tus deseos, así que ¿quieres darte otra vuelta en Aerolíneas Sîmorgh? No tengo ningún inconveniente. Solo debo advertirte que allá arriba es mediodía, y que no sería adecuado, para tu propia tranquilidad y la mía, que demasiada gente nos vea juntos en tu Naos. Aunque puedo mandarte a casa de mi compañero Uculunculú.*

34 A Piphan le pareció una buena idea, porque seguramente Uculunculú lo autorizaría a utilizar el soanambo* espaciotemporal y llegaría a Elatha de inmediato. Se excusó por la partida precipitada que no le permitía despedirse de todo el mundo y, cuando se volvió hacia su protector, este ya había bajado el cuello a ras de suelo.

—Se ruega a los pasajeros del vuelo Tsaratanan-Mourmang que procedan a embarcar. Aerolíneas Sîmorgh les desea un buen viaje.

Mientras Ænas se balanceaba hacia la corriente ascendente más cercana, dirigió unas últimas palabras a los enanos, que le arrancaron una sonrisa a Piphan.

—Señores, acuérdense de servir una onirina menos esta noche. El joven maestro no estará de juerga con nosotros.

Al salir del centelleante abismo, sobrevolaron de nuevo el osario demoníaco y cogieron rápidamente altitud.

—Debido a la urgencia, debemos volar a velocidad sîmorgh-sónica, pero antes, para ser fieles a la tradición de la Compañía Sîmorgh, la dirección quiere hacerle un regalo, joven maestro.

Inmerso en el embrollo de sus pensamientos, Piphan no escuchaba más que a medias las bromas del pájaro, pero se percató de que este sujetaba tres plumas con la punta del enorme pico y se las agitaba bajo la nariz.

—La primera, la pluma negra, es un principio activo; te servirá para rematar tu bastón de mago y darle poder. Mas no la pierdas antes de tiempo porque nunca podré darte otra, pues cualquier sîmorgh con moral solo custodia a un par de héroes. La segunda, la pluma roja, te servirá para curar, pero ¡cuidado!, ya que a partir de ahora, solo curará si tu mano olvida lo que da, y además, no es seguro que con ella te puedas curar a ti mismo en cualquier circunstancia. Por lo tanto, vigílala, porque tampoco te podré dar otra.

Piphan estaba radiante. Por fin tenía el principio activo de su bastón de mago y planeaba ya una próxima visita a Eb'enzear, el mercader del Gremio, en cuyo puesto había adquirido el bastón. Respecto a la pluma carmesí, por supuesto, la vigilaría como si fuera la niña de sus ojos, y daba igual si corría el riesgo de que no funcionara sobre él mismo. Finalmente, al ver que Ænas no seguía hablando, le tomó la delantera y preguntó:

—¿Y la tercera pluma?

—¿La pluma blanca? ¡Ah, sí, la olvidaba...! Esa te servirá para hacer tus deberes. Y en este caso, por supuesto, puedo darte tantas como quieras.

A veces, no era posible adivinar si Ænas hablaba en serio o no, pero en ese caso añadió:

—¡Bromeo, bobo! La tercera pluma es la que deberás quemar cuando quieras verme. No puedo entregarte más que una cada vez, pero puedo volver a darte otra cuando uses esta. Y ahora, abróchate el cinturón: ¡vamos a acelerar!

Piphan sintió que el pájaro respiraba hondo, pero no tuvo ni tiempo de ver cómo juntaba las alas por encima de su cabeza. Aceleró de un modo tan fantástico, que lo obligó a cerrar los ojos, para reabrirlos un poco después. Cogiéndolo con el pico, Ænas lo dejó en medio de las araucarias del bosque de los zindris.

Capítulo 3

Regreso a Elatha

Vaya, vaya, vaya! —exclamó una voz familiar—. Los paseos en sîmorgh no son para mí. Ahora entiendo por qué dicen que los pájaros son volátiles. ¿Crees que un día me aceptará entre sus alas?

36 —¡Salomon! ¿Sigues aquí? —dijo sorprendido Piphan al verlo salir de detrás de un árbol.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Solo espero que Coronato venga a abrirme la entrada del soanambo para regresar a Elatha.

—¿Has dicho Coronato?

—En efecto, él me enseñó la separación mental. ¡Es verdaderamente genial! Creo que ahora a Sarpedón le costará bastante penetrar en mi mente. Y tú, ¿has estado muy lejos? ¿Te ha ido bien?

—¡Grandioso! He estado con los enanos y...

—¿Has estado con enanos grandiosos? ¿Acaso existen?

—No, los enanos no, lo grandioso era todo lo demás, en fin... es una historia muy larga. Oye, ¿Uculunculú está por aquí?

—¡Qué va! Ni siquiera he tenido el placer de conocerlo. Lo cierto es que quedan muy pocos zindris en el bosque. Enviaron exploradores a otro bosque y desaparecieron. Por lo que sé, ha desaparecido el bosque entero, así que están buscándolo.

—¿Y tendrás que esperar a Coronato mucho rato más?